

GRANUJAS

De siempre fue España un país de granujas tanto en su acepción de joven vagabundo, pícaro o pillo como en la de canalla, bribón o persona que engaña. Tanto es así que hasta inventamos un género literario al que llamamos novela picaresca. Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache o la misma Celestina son ejemplos de “excelsos” granujas de nuestra literatura.

Pero la realidad casi siempre supera a la ficción y en esto del granujero los personajes literarios han sido superados ampliamente por los personajes de carne y hueso. Hoy podemos decir que estamos viviendo uno de los periodos más fecundos y prolíferos, en cantidad y calidad, de granujas de nuestra historia especialmente en lo que a la segunda acepción se refiere.

Raro es el ámbito social donde estos personajes no hacen acto de presencia y además, lo hacen con una prestancia, empaque y aplomo sin parangón con otros tiempos.

Uno de los ámbitos donde más abundan los granujas es en el laboral. España es sin duda uno de los países del mundo donde más imaginación se echa para no pegar un palo al agua. La habilidad de algunos para vivir del cuento es de un virtuosismo propio de genios. Son auténticos catedráticos del fraude y el engaño, conocen todos los atajos y vericuetos para acceder a subsidios, ayudas, prebendas y dádivas sin más méritos que hacer creer a los que se ganan la vida trabajando que son los culpables de su situación y que tienen la obligación de mantenerlos. Su pericia “granujil” les lleva incluso a conseguir pensiones más altas, por arte de birlibirloque, que los que se ganaron toda su vida el pan con el sudor de su frente.

En el ámbito deportivo el granujero también está de moda, cuanto más dinero se mueve más aumentan los bribones dispuestos a hacer el acopio utilizando todo tipo de añagazas. A los famosos maletines hay que añadir las apuestas deportivas actividad que se

presta como ninguna a manipular resultados para beneficio de sinvergüenzas. Jugadores, entrenadores, árbitros, directivos, representantes etc., tienen entre sus filas a más de un granuja dispuesto a conseguir tanto dinero como éxitos deportivos a costa de la necesidad o la falta de honradez de algunos.

Como les decía, en todos los sectores de la sociedad hay granujas y se necesitaría un espacio mucho mayor que esta parrafada para mencionarlos, pero si hay un ámbito donde el granuja se siente como pez en el agua, donde está en su salsa, es en la actividad política. Tener un cargo político por pequeño que sea te predispone al granujeo, no quiero decir con esto que todos los políticos, ni siquiera la mayoría, lo sean, pero hay una cierta “afición” quizás porque muchos de los que acceden a la política no lo hace con vocación de servicio si no para solucionarse la vida si pueden.

Unos lo hacen procurando estar siempre en puestos de salida para conseguir un cargo público remunerado cada cuatro años y así, pasar toda su vida laboral que, si por sus méritos fuera, sería mucho más exigente y bastante peor remunerada. Estos granujas de guante blanco para conseguir sus objetivos pasarán por encima de quién haga falta, difamarán a quién les haga sombra y sobre todo engañarán a sus votantes renunciando a las promesas realizadas si así se lo pide su jefe de filas. El partido siempre estará por encima del pobre ciudadano al quién deben el sillón. Los bribones en cuestión proliferan cada vez más y, al ser mayoritariamente personajes sin oficio ni beneficio, en muchas ocasiones su retorno a la “vida civil” es muy complicado. Se imaginan a la tal Irene Montero de vuelta al supermercado, pues eso.

El segundo grupo de esta canallesca son los que entran en política directamente a enriquecerse, suelen ser personajes sin escrúpulos, vividores, faranduleros, lameculos, con don de gentes, exceso de autoestima y con una rara habilidad para ejercer como hombres de confianza de los prebostes de turno. Sus aspiraciones políticas son humildes, un carguito intermedio; diputado de a pie, director general, concejal de festejos o de obras u otros puestos de la intendencia o contaduría que les permita hacer de intermediarios

entre la administración y los administrados, son los “conseguidores” de subvenciones, contratos, permisos y demás bagatelas previo pago del estipendio acordado. Al más puro estilo “Tito Berni” montarán una red clientelar que les permitirá convertirse en casi imprescindibles para conseguir votos para sus respectivos partidos mientras los gerifaltes miran para otro lado.

Termino mi parrafada con este pensamiento de Lázaro de Tormes: *“¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!”*.

Damián Beneyto